

# DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE NARRAR

**Tulio Espinosa**

**Y** ya que hablamos de narrar, empecemos diciendo que cada vez que contamos algo a alguien ya sea de palabra o por escrito, cualesquiera sean su naturaleza y motivos, no hacemos otra cosa sino contar una historia. Así de simple. Y de paso digamos también que todo cuanto conocemos como géneros literarios —esencialmente el cuento y la novela— lo que hacen es contar una historia. Dicho de otra manera, la historia es el soporte de todo cuanto, por simple o complejo que sea, podamos narrar.

Veremos más adelante qué es, en qué consiste una historia. Pero antes digamos que no faltan —y no son pocos— quienes consideran que la historia como tal, en sí misma, no es nada, un medio excesivamente pobre, sin mérito alguno para sostener ideas de cierta profundidad. ¿Explicar cosas importantes a través de lo que, en definitiva, no es sino contar un cuento, conceptos relativos a la ciencia, la psicología, el arte, la economía o la administración? ¿No era Albert Camus quien sostenía que incluso la filosofía debe ser expresada a través de historias y, en particular, de un género literario como la novela? ¡Qué simpleza! Si cualquier chiste común y vulgar no hace sino precisamente eso, contar una historia, ¿cómo podría servirnos para alguna otra cosa?

Entre quienes así piensan se encuentra entre otros, nada más ni nada menos, que el novelista inglés E. M. Foster, quien se refirió a la historia llamándola despectivamente “esa humilde forma atávica”. Y bien pensado no deja de tener razón. Contar historias es propio de seres primitivos, pedestres, simple tendencia a imitar, un recurso demasiado fácil, mientras más la analicemos en lo que realmente es, despojada de la vida y detalles que le

dan forma definitiva, tanto menos digno de admiración encontraremos en ella. Hay que tener presente, sin embargo, que quien eso afirmaba con el peso de su potente ironía era nada más ni nada menos que un notable contador de historias. Tanto que es autor, entre otras, de una novela de excelencia como “A passage to India”, considerada su obra maestra y que dio origen a su vez a una también notable película del mismo nombre.

En definitiva, una historia es nada más y nada menos que lo que suele llamarse un auténtico “cajón de sastre” donde todo puede ir a dar, lo fino y lo vulgar, lo serio y lo cómico, lo más simple y lo más consistente. Agreguemos que todos somos contadores de historias, contar es algo natural, consustancial al hombre como comer, respirar o dormir, y si al fin y al cabo todo cuanto podamos narrar constituye una historia, lo menos que podemos pedirle es que sea una *buena historia*. Es decir, que tenga el mérito de cautivar al lector de principio a fin hasta el punto de hacerle olvidar cualquier cosa con tal de saber qué sucederá a continuación.

En un ciclo de conferencias publicado bajo el título de "Aspects of the Novel", el mismo Foster sostenía que la historia como tal existe desde la aparición de la especie humana. Es posible imaginar, decía, el rostro melencólico y boquiabierto de los hombres prehistóricos que, cansados de luchar durante el día contra los mamuts y rinocerontes salvajes, cuando no de los más encarnizados enemigos, se reunían por la noche en torno a una fogata para escuchar el relato de una historia vivida o inventada por alguno de ellos. Sólo el suspenso era capaz de mantenerlos despiertos. ¿Qué iba a pasar a continuación? El narrador continuaba su relato y en cuanto el auditorio adivinaba lo que iba a suceder se dormía o, si se daba el caso, lo mataba de un garrotazo para dormir tranquilo.

Podemos calcular, agregaba, el peligro a que estaba expuesto si recordamos que más tarde Scheherazada, en "El Libro de las Mil Noches y Una Noche", pudo escapar a un destino fatal sólo porque supo esgrimir el arma del suspenso. Aunque hoy podríamos asegurar que Scheherazada era una gran novelista— "exquisita en sus descripciones, tolerante en sus juicios, ingeniosa en sus incidentes, audaz en su ética, vívida en su diseño de caracteres"— no confió en ninguna de esas virtudes cuando tuvo necesidad de salvar su

vida. Sobrevivió ingeniándose las para relatar historias al rey manteniéndolo interesado en lo que sucedería a continuación. Cuando Scheherazada veía que iba a amanecer, callaba y dejaba el cuento en suspenso. "¡Por Alá! —decía entonces el rey—, no la mataré hasta oír la continuación de su historia".

Todos los lectores somos, concluye Foster, como el marido de Scheherazada en cuanto al deseo de saber lo que pasará a continuación. Y como los hablantes y escritores de todos los tiempos conocen o intuyen el alcance de esta verdad, han hecho de la historia la espina dorsal de sus relatos y novelas.

¿Pero qué es, al fin, una historia?

El diccionario de la Academia define a la Historia —con mayúscula— como la "exposición verdadera de acontecimientos pasados y cosas memorables". Y a la historia con minúscula —la que nos interesa— como una "relación de cualquier género de aventura o suceso, aunque sea de carácter privado y no tenga importancia alguna". Dejando de lado la ironía, el hecho de relatar historias sin *importancia alguna* es una gran verdad. La historia en sí misma, humilde creación de nuestros lejanos antepasados, carece de importancia relativa, una narración será, al fin y a la postre, todo cuanto la adorne, la vista, la defina o complete, le dé, en síntesis, su sentido final.

Podríamos así generalizar, sin pretender siquiera la sombra de una definición, diciendo que la historia es la narración de hechos o situaciones, con o sin importancia relativa, que ocurren a personas de cualquier naturaleza, en un lugar determinado y en una secuencia temporal.

Mucho se podría escribir sobre cada uno de estos aspectos. Tratados. Y mucho se ha dicho. En un muy breve resumen y a riesgo de simplificar —mejor dicho en la seguridad de simplificar— digamos que los hechos que constituyen una historia son, nada más ni nada menos, aquellos que constituyen la vida de las personas que en ella intervienen. Estos pueden ser de la más variada naturaleza— realista, fantástica, mágica, maravillosa,

naturalista, onírica, etc.—, y tal vez lo único que puede exigírseles es que, por atrabiliarios que parezcan, puedan ser aceptados como verdaderos, o al menos posibles, por el lector. La historia, a su vez, da origen al argumento, es decir a la secuencia de hechos y circunstancias que dan al relato su forma y estructura final.

Luego están los sujetos de la acción, que en un relato reciben el nombre de personajes. Estos deberán ser lo más “persona” que pueda darse, es decir lo más vívidos, auténticos posibles, tanto que al lector le parezca conocerlos o que podría conocer en la casa del lado o a la vuelta de la esquina. Puede tratarse de seres humanos reales o ficticios, pero también de animales u objetos inanimados, como sucede en la fábula o apólogo.

A continuación el ambiente, es decir el lugar y circunstancia donde los personajes viven y transcurre la historia. Mientras más real y reconocible nos parezca, mientras más podamos “entrar” en él y con mayor verosimilitud se nos aparezca como *habitat* natural de los personajes, con mayor fuerza dará la sensación de que los hechos realmente ocurrieron.

Y, finalmente, está el desarrollo de los acontecimientos en el tiempo. No se trata, claro, de una temporalidad digamos cronológica, la adultez que sigue a la infancia, el día a la noche o la muerte al nacimiento; el decurso temporal de una narración puede ser tan arbitrario o caótico como podría ser la historia misma, comenzar por la adultez y continuar con la infancia, la noche con el día anterior o la muerte para luego relatar el nacimiento.

Ahora bien, en la medida de constituir el soporte de toda narración —sin ella de hecho no hay nada— podría concluirse que en toda narración lo más importante es su historia. Pero al mismo tiempo y en la medida que su sentido final depende del conjunto de ideas, conceptos, vida, que consiga transmitir, carece totalmente de importancia. ¿Y cuál es la naturaleza, el contenido de una historia? Tan vasto y variado como la vida y el universo, como puede apreciarse en el sólo hecho de asomarse a cualquier novela, cualquier narración, cualquier relato.

Los narradores de hoy coinciden en que el autor debe mantenerse al margen de lo narrado, ocultarse para dar paso sólo a la voz narradora; los sucesos deben así ocurrir por sí mismos y los personajes adquirir vida propia sin su participación; cuanto más aparezca un personaje dotado de vida independiente y obedecer a sus propias motivaciones, más real, creíble y vivo aparecerá a los ojos del lector. El autor, claro, lo parezca o no existe y aún sin proponérselo su presencia será perceptible en lo narrado, así en la medida de la lectura el lector podrá formarse una idea de él, de su forma de juzgar hechos y personajes. En otras palabras, cómo, y tal vez por qué, ve y juzga la vida de una determinada manera.

En todo caso, lo más probable es que el autor nunca llegue a ser capaz por sí mismo de comprender integralmente lo escrito por él. La fuente de toda producción creadora se localiza en esa misteriosa parte de nuestra personalidad que conocemos como inconsciente. Al parecer el acto creador consta de dos fases, la aparición de las ideas —si es que les cabe ese nombre— y su elaboración. La primera, ya sea que la llamemos inspiración o intuición, es independiente de todo acto voluntario; la segunda consiste en el trabajo destinado a elaborar el material recibido de nuestras zonas inconscientes. Hasta ahora nadie ha podido explicar el proceso creador. “Alguna vez creí —escribió García Márquez—, mejor dicho tuve la ilusión de creer, que iba a descubrir de pronto el misterio de la creación, el momento preciso en que surge una idea. Pero cada vez me parece más difícil que eso ocurra. He leído innumerables conclusiones tratando de ver el momento exacto en que surge una idea. Nada. No logro saber cuándo es”.

Por otra parte, aun cuando el autor se sirva de hechos realmente acaecidos en su vida, éstos volverán transmutados en el texto, nada será verdaderamente autobiográfico. Y a la inversa, aun creyendo escribir con una fantasía desbordada, inevitablemente se servirá de circunstancias vividas por él.

Y, finalmente, se topará con la barrera del lenguaje. De manera simple y considerado sólo a partir de su condición mediática, más allá o más acá de sus implicancias sicosociales, el autor deberá enfrentarse a una lucha sin cuartel con el lenguaje, en procura de la mejor manera de expresar su pensamiento a través de la composición de frases y oraciones, la búsqueda de la

palabra fiel, el adjetivo capaz de dar vida verdadera, el verbo exacto y no otro que no deje resquicio a ninguna forma de ambigüedad.

Como se ve, sobre la narración y su historia mucho podría escribirse. Tratados. Hoy es un tópico decir que toda narración, nos guste o no, es un viaje al interior profundo de nosotros mismos, una forma de explorar el mundo y, tal vez, la más ambigua, precaria pero al mismo tiempo más segura forma de explorar la condición humana.

Porque toda narración es también una forma de terapia, materia sobre la cual ustedes podrían explayarse con más propiedad que yo. Es ya un lugar común decir que explorar sentimientos y emociones a través de la narración tiene poder de sanación, si es que esa es la palabra, liberar del estrés de emociones no procesadas. No es éste mi terreno, entro en una *terra ultra incognita*, como se lee al pie de los antiguos mapas terrestres y tal vez hoy en las coordenadas de las más lejanas galaxias, pero he leído que narrar facilita una forma de encuentro con uno mismo que permite un camino seguro hacia el equilibrio emocional.

Pero narrar es también, cuidado, una trampa. Nuestro destino parece no ser otro que vivir asediados por incertidumbres y temores, nos amenazan recuerdos o emociones que, al mínimo descuido, pueden entrar a saco en nuestra narración del fondo del más inocuo de los hechos relatados.

Bien, y todo esto a propósito de la simple, humilde y primitiva forma de la que nos servimos para contar, aunque capaz de alcanzar proyecciones insospechadas. Después de todo creo que fue Hölderlin quien sostuvo que el hombre es un rey cuando sueña pero apenas un mendigo cuando piensa. Así una buena historia da para todo, tanto para un barrido como para un fregado. Para escribir “La divina comedia” o para hacer dormir a un niño. Un incomparable medio de persuasión, de explicar con meridiana claridad un proceso por enrevesado que sea o motivar al cumplimiento de una meta, dar una ilimitada cantidad de información o despertar estimulantes motivaciones y emociones. Una buena historia es memorable como la vida, un dato podrá olvidarse, nunca una buena historia. Una cifra, un indicador económico pueden penetrar

en la razón, una historia llegará a ella con mayor fuerza después de pasar por el corazón, ya sabemos cómo las emociones traspasan con la potencia de una espada.

Para ello, claro, los narradores deberán descubrir, construir su propia técnica narrativa, encontrar un camino propio, los ya recorridos por otros no los conducirán a nada nuevo. Y una vez que descubran sus sencillos mecanismos, trucos y artimañas, estarán en condiciones de narrar lo que se propongan.

Al fin y al cabo no es tan difícil. Las historias subyacen en nosotros, contar es nuestra natural forma de vivir, sólo basta echar a andar la imaginación. Y tal vez ni siquiera eso, en todo, debajo de todo, hay una buena historia. Contar una historia, en definitiva, es cosa de mirar.

**TULIO ESPINOSA**

**Escritor**

**Profesor Narrativas y Competencias Expresivas Escritas**

**MAGÍSTER PSICOLOGÍA**

**Aplicada a la Consultoría y Desarrollo Directivo**

**CAPSIS - Universidad Adolfo Ibáñez**

Santiago, 6 de enero de 2006.